

COMISION ECONOMICA PARA AMERICA LATINA

Séptimo período de sesiones

La Paz, Bolivia, 15 de mayo de 1957

EXPOSICION DEL SEÑOR RAUL PREBISCH, DIRECTOR PRINCIPAL  
A CARGO DE LA SECRETARIA EJECUTIVA DE LA COMISION  
ECONOMICA PARA AMERICA LATINA EN LA PRIMERA  
SESION PLENARIA DEL SEPTIMO PERIODO DE  
SESIONES, EL 16 DE MAYO DE 1957

Cuando en la conferencia de Bogotá los gobiernos miembros de esta Comisión aceptaron complacidos la invitación que se dignó extenderles el Gobierno de Bolivia para realizar en La Paz el séptimo período de sesiones, quienes formamos la Secretaría Ejecutiva de este organismo de las Naciones Unidas nos sentimos vivamente halagados por esta oportunidad que se nos brindaba de asomarnos al escenario de acontecimientos de tan profunda significación como los que aquí se están desarrollando. Posteriormente, la Secretaría recibió otra invitación más llena aun de sugerencias y posibilidades: la de destacar en Bolivia un grupo de economistas nuestros para que estudiaran los problemas del desarrollo económico boliviano y la orientación de sus grandes soluciones. A pesar de la carga excesiva de tareas que gravitaba sobre nosotros, no vacilamos en aceptar esta otra nueva en que, por lo demás, la Administración de Asistencia Técnica nos prometía una colaboración que siempre es muy grata y valiosa para esta Secretaría. Nuestros economistas fueron recibidos con encomiable deferencia; se les abrieron generosamente todas las fuentes de información del gobierno y la actividad privada, y encontraron siempre una positiva colaboración en el desempeño de su labor.

No podría pues pasar adelante en esta exposición mía sin pronunciar vivas palabras de reconocimiento por la amistosa cordialidad con que se nos ha acogido, a lo cual se unen ahora manifestaciones de hospitalidad cuya distinción no necesito en- salzar ante los señores delegados. En las tareas preparatorias de organización de esta reunión hemos contado siempre con el apoyo ilimitado de funcionarios bolivianos eficaces y diligentes. Vaya también a todos ellos nuestro agradecimiento y en forma muy especial al eminente señor Rector de esta Universidad, que ha abierto gentilmente sus claustros a este séptimo período de sesiones.

Bolivia está buscando nuevas formas de vida económica y de convivencia social. El país había crecido siempre hacia afuera y con rasgos de rudeza extrema. Esa forma pretérita de crecimiento de los países latinoamericanos, hoy definitivamente superadas, les ha permitido sin duda a algunos de ellos desarrollar ampliamente sus exportaciones y prepararse así para la nueva fase dinámica en que ahora se encuentran. Mas no ha sido así en otros casos, ni con mucho en el caso concreto de Bolivia: desde viejos tiempos coloniales las riquezas de sus minas se esparcieron por el universo, sin brindarles al país los recursos indispensables a su desarrollo económico. Formas seculares de primitiva técnica agrícola y un régimen de tenencia de la tierra que sofocaba al hombre y frustraba la expansión productiva, constituían el obstáculo más grave al desarrollo de su economía. Pero la historia suele traer la solución de estos problemas por un curso accidentado y no podría asombrar que aquí también hayan ocurrido trastornos iniciales que son el costo

/social inevitable

social inevitable de las grandes mutaciones. Muchas veces ha venido a mi recuerdo la experiencia de México al reflexionar sobre la de Bolivia: al disolverse allí formas tradicionales de tenencia de la tierra liberáronse nuevas fuerzas sociales a las que seguramente no es ajeno ese estupendo desarrollo que está alcanzando la economía del país mexicano.

México ofrece un fecundo ejemplo de cómo los países latinoamericanos están aprendiendo a crecer hacia adentro. Hay que vencer grandes resistencias y no hay que subestimar los impedimentos de carácter mental, que distan mucho de haberse desvanecido. En efecto, son muy peculiares ciertas formas de supervivencia ideológica que siguen influyendo todavía en las grandes decisiones de la política económica, a pesar de las radicales transformaciones experimentadas en la realidad de que en otros tiempos surgieron. El objetivo de producir primeras materias para el mercado internacional requería otras fórmulas, tenía otras exigencias que las que se imponen cuando ese objetivo ha dejado de ser objetivo en sí mismo para convertirse en uno de los instrumentos - y de gran importancia, ciertamente - para conseguir el desarrollo interno de las fuerzas económicas a fin de cumplir aquel otro objetivo primordial: la elevación del nivel de vida de vastas capas de la población latinoamericana.

Mucho se ha avanzado en todo esto y si echamos la vista hacia atrás podremos comprobar que lo que ahora se va aceptando casi axiomáticamente era aún materia muy controvertible al iniciar sus primeras deliberaciones el Consejo Económico y Social de las Naciones Unidas. También toca una parte en esto - y acaso no sea pequeña - a este órgano regional del Consejo para América Latina, por el alto nivel técnico que sus gobiernos miembros supieron imprimir siempre a sus discusiones y resoluciones.

/Pero no

Pero no sea esto razón de fácil complacencia. Apenas se ha desbrozado el camino inicial. No se han encontrado ni en lo interno ni en lo internacional fórmulas eficaces de acción práctica que permitan a los países latinoamericanos pasar rápidamente a aquella etapa en que el desarrollo económico se genera a sí mismo. Así sucede en los países más avanzados. Allí gracias al alto ingreso por habitante y a un grado también muy alto de densidad tecnológica, el proceso de acumulación de capital se realiza casi automáticamente, incorporando incesantes innovaciones en las formas de producir que acrecientan persistentemente la productividad y el bienestar.

Esos países avanzados llegaron a esta etapa tras un proceso secular. El problema fundamental en los países menos desarrollados es evitar peligrosas dilaciones, es asimilar y adaptar con celeridad esa tecnología y llegar a un nivel de ingreso en que la acumulación constante de capital también pueda generar espontáneamente un sostenido ritmo de crecimiento económico. Pero hay una constelación de fuerzas que se oponen a la transformación decisiva que todo esto requiere. Y ni la política interna de desarrollo ni la política internacional de cooperación - con todos los avances cumplidos - han llegado aún a adquirir la amplitud y el vigor indispensables para romper esa constelación económica y social.

Por donde se mire, el empresario es ya en América Latina una realidad viva y pujante en el campo de la iniciativa privada. Sin embargo, y pese a encomiables esfuerzos, no tiene aún fácil acceso a las fuentes internacionales del capital y de la técnica. Y el estado, carente también de recursos, no le provee generalmente de las inversiones en capital social que requiere la expansión de la economía.

/No se

No se concibe un programa de desarrollo sin atacar a fondo estas y otras fallas. Pero ello requiere combinar la acción nacional e internacional en fórmulas mucho más dilatadas, con recursos considerablemente superiores, tanto en lo financiero como en lo técnico, de los que ahora están en juego. Es indispensable una transferencia masiva en vasta escala del capital y de la técnica para romper esa constelación de fuerzas que decía. Y en esta urgente tarea no todo concierne a quienes han de brindar ese capital y esa técnica, sino también - y en muy alto grado - a los países que han de recibirlos para utilizarlos con máximo provecho en la aceleración de su desarrollo económico.

Subrayo esta observación en lo que toca a los países latino-americanos. No se ha creado aún en ellos una diáfana conciencia de los problemas del desarrollo y aquí también son poderosos aquellos obstáculos mentales que señalaba hace un momento. Prueba clara de ello - entre muchas otras - es la efervescencia con que suele aun controvertirse en varios países el problema de la industrialización. En verdad que se han dado ciertos desajustes, pero no se deben a la industrialización en sí misma, sino más bien a la improvisación de la política económica o a su errónea orientación. Hay casos notorios en que las exportaciones tradicionales han sufrido un grave desmedro ya sea por la sobrevaluación monetaria, o por el expediente de la fijación de precios tan bajos que destruyen el estímulo de los productores, o porque se ha tomado prematuramente mano de obra de la producción primaria sin brindarle los recursos para su tecnificación. Pero nada de eso es inherente al proceso de industrialización. Más aún, uno de los obstáculos más serios que encuentra en algunas partes es que, precisamente por haberse afectado así a las exportaciones éstas ya no bastan para proveer a la industria de los bienes de capital, de las materias primas y

productos intermedios que requiere.

Hay que llegar en todo esto a una noción bien clara y definida. Cada etapa en el desarrollo económico de un país exige una adecuada relación de equilibrio entre agricultura e industria. Es una relación cambiante, de equilibrio dinámico. Una de las funciones de la industria es absorber la mano de obra que el progreso técnico deja o podría dejar sin conveniente empleo en la agricultura. Esta redundancia real o virtual de mano de obra en el campo no depende sólo de su grado de tecnificación, sino también de la demanda exterior o interior de sus productos. Si hubiera demanda exterior en medida suficiente para absorberla completamente en la misma agricultura, no habría necesidad de industrialización. Mas no sucede así por lo que tantas veces hemos demostrado: que la demanda de productos primarios crece mucho menos que la de productos manufacturados. Y esta disparidad universal en el crecimiento de la demanda da a la industrialización su segundo papel dinámico en los países en desarrollo: el de suministrar a la población todos aquellos bienes que no podrían conseguirse a causa del desarrollo relativamente lento de las exportaciones.

En consecuencia, a cada grado de penetración técnica en la producción primaria y de crecimiento de la demanda de sus productos, corresponde un grado de industrialización. En este sentido, una de las conclusiones más interesantes de nuestro informe sobre Bolivia es precisamente que la producción primaria - por más que vayan abriéndose las tierras feraces de las

zonas calientes - no bastará a absorber todo el incremento anual de la población activa. Por lo tanto, la industria tendrá que cumplir cada vez con mayor amplitud su papel absorbente.

En este punto quisiera hacer una digresión. Que la industria tenga ese papel absorbente y que así contribuya al proceso de urbanización de los países latinoamericanos, no significa que el fenómeno característico de concentración urbana que en todas partes está ocurriendo - y a veces con inquietante celeridad - encuentre su origen primordial en la industrialización. Hemos abordado por primera vez este aspecto en un estudio presentado a la consideración de este séptimo período de sesiones y que no obstante sus deficiencias por la precariedad del material estadístico, indica algunos hechos que sin duda despertarán la atención de los gobiernos aquí congregados. Hay una discrepancia marcada - sobre todo en algunos países - entre el crecimiento de la ocupación en las actividades directamente productoras de bienes y las que no lo son. Esta es una característica del desarrollo económico. Cuanto más crece el ingreso personal no sólo crece la demanda de bienes; después de una cierta etapa, tiende a crecer más intensamente la demanda de servicios. Pero no es este el fenómeno dinámico a que nos estábamos refiriendo, sino al de una verdadera congestión de gente en servicios de escasa productividad, que son expresión no de un alto coeficiente de desarrollo, sino de verdadero subdesarrollo. Esta redundancia de gente en precarios menesteres o en la administración del estado - que en algunas partes ha aumentado fuera de toda proporción - es un síntoma premonitorio de que algo anda mal. Y no es otra cosa que la debilidad dinámica de la economía, su insuficiente impulso de desarrollo que no le permite absorber en adecuadas proporciones /en las

Documento informativo No. 5

CORRECCION IMPORTANTE

En la página 8 en la línea penúltima se omitió por un error de copia mencionar entre FAO y OIT al Fondo Monetario Internacional.



en las actividades directamente productivas esa mano de obra que tan adversamente influye sobre la productividad del conjunto de la economía y por tanto sobre el nivel de vida de la población.

Eso no es todo, pues en las mismas actividades productoras de bienes, así como en las actividades ajenas de transporte y energía, se observa con frecuencia que aun con la técnica prevaleciente tienen un exceso de mano de obra de muy fácil eliminación. Pero que el sindicato se oponga y no es posible hacerlo es la explicación que casi siempre se escucha. Hay aquí un problema mucho más difícil que la muy comprensible resistencia sindical. ¿Qué se va a hacer con esa mano de obra así desalojada de sus ocupaciones? ¿Es que se va a engrosar las filas de la población redundante en aquellas ocupaciones no productoras de bienes?

Por lo tanto, el problema es fundamentalmente un problema de inversiones de capital. Hay inversiones suficientes para ensanchar esas ocupaciones productoras de bienes, para desenvolver nuevas ramas de las actividades primarias e industriales, y habrá fértil campo de absorción de esa mano de obra.

Nos ha sido dado observar de cerca las dimensiones nada desdeñables de este fenómeno de redundancia de mano de obra en la Argentina. Pero antes de considerar este caso, me siento obligado a decir algunas palabras acerca del informe que hemos preparado sobre la crisis estructural de ese país, ya que me he sentido vivamente defraudado en mi intención de presentarlo a los gobiernos miembros en este período de sesiones. Falta ponerlo a punto y espero que en la segunda mitad de junio se encuentre en manos de las autoridades argentinas como primera instancia por la índole que tiene el informe. Trátase del resultado de la colaboración técnica que el gobierno de ese país solicitó al Secretario General de las Naciones Unidas y en la cual, además de la Comisión, han participado activamente la Administración de Asistencia Técnica, la FAO, la OIT y el Instituto de Ciencias Agrícolas de Turrialba de la Organización de Estados Americanos. Per sobre

/todo ello

todo ello contamos con la valiosísima colaboración de funcionarios argentinos y de técnicos y dirigentes de la actividad económica privada.

La crisis estructural de la Argentina, no es sólo el resultado de una política económica determinada, sino de factores que de tiempo atrás vienen obrando profundamente en el seno de la economía y que no se ha sabido discernir ni por tanto atacar eficazmente. Ello ha agravado sensiblemente la amplitud de la crisis. Esos factores radican tanto en la tierra como en la industria. En la tierra, porque toda la que tienen las papas -de tan tradicional fertilidad- está ya ocupadas y, en consecuencia, las formas inveteradas de cultivo y tenencia del suelo no permiten acrecentar la producción para exportar más sin desmedro de un creciente consumo interno. Hace falta una intensa renovación técnica en la producción agropecuaria argentina y urge iniciarla para levantar el país.

Si en el trabajo agrícola hay que transformar los modos de producir, en la industria es necesario corregir serias fallas estructurales. La industria, que viene desenvolviéndose gradualmente desde fines del siglo pasado, ya ha sustituido casi todas las importaciones de artículos de consumo propios de la industria liviana, pero sigue dependiendo en grado excesivo de las importaciones de materias primas y productos intermedios. Y como éstas no pueden aumentar porque el descenso de las exportaciones no lo permite, la industria se encuentra estancada.

Es indudable que el acrecentamiento de las exportaciones que en cierta medida podría lograrse en poco tiempo, aliviará esta situación. Pero por mucho que puedan crecer las exportaciones -y hemos tratado de ser muy prudentes en nuestros cálculos-, no basta

/con ellas

con ellas para asegurar el crecimiento ininterrumpido de la industria. Es esencial que ésta corrija también sus fallas estructurales para depender sólo en grado admisible de las importaciones de productos intermedios y materias primas.

Hemos estudiado una vasta gama de posibles sustituciones de importación en estos últimos, desde la siderurgia hasta la petroquímica, y hemos hecho cuidadosas estimaciones para determinar las posibles dimensiones de este proceso. Las economías de divisas que así se obtendrían, más el incremento de la producción de petróleo y ese prudente aumento de las exportaciones en un mercado mundial poco promisor, podrán ir restableciendo gradualmente el crecimiento equilibrado de la economía argentina.

Estas sustituciones de importación exigirán un intenso desenvolvimiento de la industria tanto en la producción de aquellas materias primas y productos intermedios como en bienes de capital. Y al cumplirse este proceso, podrá absorberse la mano de obra redundante en las ocupaciones no directamente productivas de bienes. Porque la desproporción que antes señalábamos ha sido muy aguda en la Argentina, a tal punto que en el incremento de la población activa en los últimos diez años sólo una parte relativamente pequeña ha ido a la agricultura y la industria y el resto a esas ocupaciones en que la congestión ha sido muy marcada en el estado, los ferrocarriles y la proliferación de actividades comerciales.

Aparte del estrangulamiento exterior que impide crecer a la industria, la insuficiencia de capital constituye un obstáculo para la absorción productiva de la mano de obra. El capital por persona no ha aumentado prácticamente en los últimos veinte años y su composición es muy defectuosa, pues ha descendido en servicios básicos como el transporte y la energía, con lo cual /se presentan

se presentan en la economía argentina fenómenos de estrangulamiento interno que se superponen a los ya señalados de orden exterior.

A todo esto hay que añadir los trastornos de la inflación y de las variadas formas con que se ha tratado de reprimir sus efectos provocando otros muchos problemas. Entre estas formas represivas me refiero especialmente a los subsidios que a fin de proteger al consumidor han sustraído aliciente a las exportaciones, ya sea por los precios bajos pagados al productor o por el excesivo consumo interno que los subsidios provocaron en desmedro de las exportaciones. Esta política fue contraproducente, pues al disminuir las exportaciones se vio comprimido también las importaciones, privando a la industria de los medios que requería para acrecentar su producción, esto es, para brindar al consumidor una masa creciente de bienes.

Nuestro informe no se limita a esclarecer los hechos. A requerimiento del gobierno, se ha procurado ofrecer en él ciertos elementos de apoyo para que, si así lo desea, pueda formularse un programa de desarrollo económico de vastos alcances. Hemos analizado así las posibilidades de desenvolvimiento de los diferentes sectores de la economía y calculado aproximadamente las necesidades de capital en los próximos diez años y averiguado los medios de la economía argentina para proveer ese capital con cantidades crecientes de su propio ahorro, así como los requerimientos complementarios de capital extranjero.

En todo este trabajo hemos aplicado la técnica de análisis y proyecciones del desarrollo económico que se ha venido elaborando en la CEPAL, y estamos más preocupados que antes de que

/constituya un

do que constituya un elemento muy valioso en la programación del desarrollo. Y puesto que toco incidentalmente este punto, creo pertinente formular una aclaración. El haber insistido en nuestros trabajos de secretaría acerca de la necesidad de programar el desarrollo económico, nos ha presentado ante algunos ojos como partidarios de la dirección centralizada de la economía mediante organismos de planeamiento autoritario del estado, que oprimen la iniciativa privada. Lo cual no ha sido óbice para que en otros casos, por haber señalado no sólo la ineficacia sino lo perjudicial de ciertas formas de intervención estatal se nos haya atribuido una fe imperecedera en las reglas tradicionales del libre juego de la economía. Los miembros de esta Secretaría Ejecutiva no hemos participado como tales en polémicas de esta naturaleza. Como funcionarios responsables de las Naciones Unidas, debemos conservar una estricta neutralidad en estos asuntos, cualquiera que sea nuestra particular forma de pensar. Las Naciones Unidas dan asistencia técnica pero no ofrecen este género de asistencia política.

Con la Argentina, suman ya un buen número los países para los cuales hemos realizado - después de cuidadosos análisis - esas proyecciones del desarrollo económico. Aparte de su valor en la programación interna de cada país, las proyecciones de la demanda futura y las posibilidades de satisfacerlas nos han convencido una vez más de la necesidad de estimular

/el comercio

el comercio interlatinoamericano. Los países más avanzados de América Latina deberán hacer un esfuerzo cada vez mayor en la producción de bienes intermedios y de bienes de capital, así como de materias primas derivadas de procesos industriales, y ello requiere generalmente entrar en técnicas muy complejas, de alta densidad de capital y de mercados de dimensiones más dilatadas que el mercado nacional. La única forma de vencer este obstáculo es el mercado regional. No se trata de un mercado común para todos los productos, sino para un número limitado de ellos - especialmente en esas industrias complejas - sin perjuicio de considerar también caso por caso los productos que son ahora objeto de un intercambio que con frecuencia encuentra considerables dificultades. Indudablemente esta idea del mercado regional tendrá que vencer muchas dificultades para prevalecer si es que ha de hacerse practicable. Una de ellas es la siguiente: en el conjunto latinoamericano hay también países más desarrollados y menos desarrollados. Pero esta división no podría justificar la aplicación de aquella vieja fórmula de la división del trabajo según la cual los más desarrollados podrían disfrutar para sus industrias del mercado de los que lo son menos, a cambio de los productos primarios de estos últimos. Por el contrario, el mercado regional deberá también estimular la industrialización de los países de insuficiente desarrollo y no sólo servir los intereses de los países que están entrando en esas etapas más complejas de la técnica industrial.

Todo esto será objeto de cuidadoso estudio, según nos  
/ha encomendado

ha encomendado el Comité de Comercio. El problema no podría encerrarse en una fórmula simplista. Hay aspectos muy importantes que considerar y el que en modo alguno podría dejarse de atender en un organismo de las Naciones Unidas es el de la relación con los grandes centros industriales.

No creo que el mercado regional vaya a afectar desfavorablemente el intercambio de recíproco provecho que con ellos tienen los países latinoamericanos. La capacidad de importar de estos últimos depende esencialmente de lo que aquellos centros les compran, y si se utiliza toda esta capacidad como siempre se hace - y aun en exceso - sólo habrá un cambio en la composición de las importaciones latinoamericanas y no una restricción de ella. La diferencia está en esto. Si no se crea el mercado regional, cada país tratará de emprender por sí mismo esas fabricaciones más complejas, con todos los inconvenientes de la dimensión insuficiente del mercado, lo cual no sucedería si se creara el mercado regional, pues este aparejaría todas las ventajas del comercio recíproco.

No veo por ahí factores adversos al comercio de América Latina con los grandes centros industriales, sino en la propia determinación de éstos. Es notoria la preocupación que en algunos países ha provocado el plan del mercado común europeo. Conviene deslindar lo que es el mercado común en sí mismo de

/los arreglos

los arreglos preferenciales que puedan realizarse para favorecer a ciertos territorios de producción primaria. En lo que atañe a lo primero: ¿cómo podría perjudicar a los países latinoamericanos una organización más racional de la economía europea que acelere su ritmo de desarrollo? ¿No traerá consigo este incremento del ingreso europeo una mayor demanda de productos latinoamericanos? Y aquí llegamos al segundo aspecto, pues si esa mayor demanda se desvía artificialmente a otras regiones productoras, mediante algún régimen discriminatorio, es evidente que lo que podría ser fuente de ventajas recíprocas se transformaría en instrumento perjudicial al desarrollo económico latinoamericano, que tanto necesita del intercambio con los grandes centros industriales.

Si así fuese, y las exportaciones latinoamericanas a Europa sufrieran un desmedro que sin duda se hará todo lo posible por evitar, los países latinoamericanos se verían precisados a emprender una política mucho más intensa de sustitución de importaciones y en tal caso la necesidad de llegar a fórmulas efectivas de intercambio regional sería más imperiosa aún.

El Comité de Comercio ha visto con claridad que sin un buen arreglo de pagos que disuelva gradualmente el régimen bilateral, no será posible encontrar esas fórmulas; y ha encomendado a esta Secretaría estudiar simultáneamente el problema de los pagos dividiéndolos en dos etapas. La primera consiste en mejorar el régimen actual de convenios bilaterales e iniciar operaciones voluntarias de compensación multilateral. La segunda contempla la posibilidad misma de un régimen multilateral automático.

/La primera



La primera etapa se está cumpliendo a nuestro juicio en forma altamente satisfactoria. Se ha efectuado hace pocos días en Montevideo la primera reunión de expertos en bancos centrales para recomendar las medidas pertinentes. Aprovecho esta oportunidad para agradecer al Gobierno del Uruguay y a las autoridades del Banco de la República cuanto han hecho para asegurar el eficaz cumplimiento del cometido de esta primera reunión técnica. Se trata de pasos preliminares y hay aquí calificados participantes en esa reunión que podrán ilustrar a los señores delegados acerca de todo ello, complementando el informe respectivo que se hará llegar en seguida a sus manos.

Este informe abre perspectivas promisoras para la segunda etapa. Contiene cifras muy significativas que se han logrado por primera vez en América Latina gracias a la colaboración de los bancos centrales de los países que tienen convenios de compensación bilateral. Esas cifras demuestran que es realmente pequeño el residuo de los pagos que hubieran necesitado liquidación en dólares. Por lo demás, estos residuos no son en modo alguno definitivos. Es posible que medidas dirigidas a estimular el intercambio entre los países interesados, facilitando el pago en mercaderías, compriman más aún la cuantía de las liquidaciones en divisas libres.

Sin embargo, no hay que perder la perspectiva del conjunto ni de las posibilidades futuras en un ámbito mucho más dilatado de transacciones internacionales. Convencidos como parecen estar los gobiernos latinoamericanos de las ventajas del

multilateralismo universal, no cabe duda de que sabrán apartarse de expedientes que, con el andar del tiempo, puedan estorbar su entrada en más amplios arreglos en materia de pagos internacionales. No obstante, esta preocupación no debiera llevarnos a ver en el multilateralismo internacional un hecho, sino más bien una posibilidad. Mientras tanto, ya que no hay cómo procurarse suficientes divisas libres para satisfacer las crecientes necesidades de importación de los grandes centros, parecería preciso economizarlas en el comercio recíproco de los países latinoamericanos que sienten más agudamente este problema, en tanto las circunstancias no aconsejen mejores soluciones. Hacerlo así, rompiendo el molde rígido de los convenios bilaterales, será un paso muy efectivo hacia el multilateralismo universal, pasando prudentemente por el de carácter regional.

En el espíritu que ha animado las deliberaciones del Comité de Comercio no se concibe a este respecto arreglos exclusivos, sino fórmulas que puedan abarcar a todos los países interesados en el intercambio regional. Y no duda que en este período de sesiones se fortalecerá más aún este principio elemental.

A esta determinación de mejorar progresivamente el régimen de las transacciones monetarias con el exterior se agregan signos auspiciosos en el campo monetario interno. La inflación

/ha llegado

ha llegado en algunos países a proporciones inquietantes y los gobiernos se han decidido a combatirla con enérgicas medidas. Los obstáculos a vencer son enormes, porque entre los muchos trastornos que la inflación trae consigo, los de carácter psicológico suelen ser extremadamente agudos. Hay en esto una confusión infortunada. Pese a toda la experiencia contraria, sigue prevaleciendo la idea de que el aumento masivo de remuneraciones más allá de lo que permiten la productividad o la compresión razonable <sup>de las ganancias</sup> es el medio de elevar el nivel de vida de las masas. Pero la inflación no ha sido nunca instrumento de justicia distributiva. Cuando ha tenido algún efecto <sup>positivo</sup> ha sido mayorando el ingreso de algunos grupos de trabajadores a expensas de otros. El ejemplo de la Argentina es concluyente. Los empresarios no han sufrido en general las consecuencias de la inflación, y no sólo han sabido defenderse y mantener en el peor de los casos la proporción de sus beneficios en el ingreso nacional sino que lograron acrecentarla en gran medida en aquella fase eufórica de la inflación que transcurre entre 1946 y 1949.

/Son otros

Son otros los instrumentos de justicia distributiva y los países socialmente más avanzados en el régimen que vivimos nos lo están demostrando. Mediante una acción sindical responsable e inteligente están logrando las fuerzas del trabajo una participación cada vez mayor en el incremento del ingreso proveniente de la mayor productividad, en tanto que el poder político de las masas les permite manejar el instrumento impositivo con una eficacia antes insospechada en la distribución progresiva del ingreso.

No hay que engañarse. La inflación no es instrumento de justicia distributiva, pero sí puede serlo para otros designios. Si lo que se persigue con ella es trastornar el sistema económico, dislocar sus fuerzas dinámicas y arrastrarlo a la contracción y el estancamiento, la inflación es un excelente instrumento, un instrumento efficacísimo de regresividad social, pues disminuye los bienes de consumo a disposición de las masas populares con innegable desmedro de su nivel de existencia.

Pero la lucha contra la inflación no solo es ardua e ingrata por esos 'obstáculos' psicológicos sino porque cuando este fenómeno, como

/suele acontecer,

suele acontecer, a más de ser el resultado de aumentos masivos de remuneraciones es consecuencia de una desmesurada dilatación del crédito, hay también para contenerlo que restringir los préstamos bancarios. Y aquí se dan muy lamentables consecuencias, pues sobreviene la desocupación en las actividades directamente afectadas y se extiende al resto de la economía con el efecto contraproducente de disminuir el consumo y la inversión, cuyo acrecentamiento es de importancia primordial en el desarrollo económico.

En la situación presente de los países aquejados por la inflación, no veo otra forma práctica de conjurar esta lamentable contracción de la economía, que un plan bien concebido de inversiones extranjeras que llenen el vacío provocado por la restricción crediticia. Y esto sólo como medida temporal, hasta que el crecimiento del ingreso permita capitalizar más con los recursos de la propia economía.

Así pues, la lucha antiinflacionaria requiere enérgicas medidas internas combinadas con el aporte oportuno y eficaz de recursos exteriores. Esta conjugación de lo interno con lo internacional no es fácil de concertar. No sólo eso; hemos visto más de una vez que medidas internas bien concebidas no pudieron avanzar en la práctica porque la buena intención, el propósito sincero y bien inspirado terminaron disipándose en la embriaguez inflacionaria de la colectividad.

La lucha contra la inflación exige una enorme fuerza moral, una convicción muy profunda e inquebrantable y un

espíritu abnegado

espíritu abnegado para sacrificar al interés auténtico y perdurable de las masas la fácil complacencia de peligrosísimos expedientes. Rindo pues a esos hombres recios y esclarecidos que supieron emprenderla, el homenaje espontáneo de mi admiración y mis fervientes esperanzas de que su acción se comprenda, prevalezca y triunfe finalmente como ejemplo confortativo y luminoso para quienes en otras tierras también atribuladas encuentren en sí esa misma energía, esa misma abnegación en el áspero camino de la lucha antiinflacionaria.